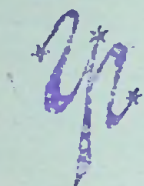


LAS HERENCIAS

(Cuento sin moraleja)

JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ HERMOSELL

DIC 1998



002

UNIVERSIDAD
POPULAR
BARCARROTA

A mi padre, y a su padre.

Hay festejo verbenero en el pueblo, día de celebración del santo entre los descendientes de la orgullosa tribu celta. Por agosto, vecinos y oriundos visten sus mejores galas y pasean hasta la iglesia bajo una luz de mediodía que ilumina todos sus rasgos étnicos: corpulencia de pequeña estatura, pieles pálidas y rojizas, alguna cabellera encendida, ojos azulados y verdosos como los de sus primos irlandeses y bálticos. En torno al santo se congregan los herederos de la vieja sangre europea, muy lejos de las tierras frondosas y los acantilados del Mar del Norte; en la meseta extremeña del Condado de Feria.

Es el día grande para los hijos del pueblo y así dobla su población en estas fechas. Congéneres y amigos se abrazan camino del oficio, como cada año desde siempre, respirando el aire común y cálido del verano engalanado y festivo. Joaquín ya llegó a ver a madre, y a la puerta se topa con Santiago.

Acuérdate, San Lorenzo, mártir:
no olvides apartarnos tu cáliz.

En los tiempos del hambre no había mucha alegría, pero al llegar las fiestas del Patrón los niños olvidaban sus penurias y disfrutaban, de pantalones cortos a punto de romperse y camisas remachadas y readaptadas de los mayores, con las dádivas de algún tío generoso y toda la extensión feliz de un pueblo pequeño sin apenas circulación por sus calles, un día de fiesta. La madre los acicalaba con virtuosismo, pero

Santiago y Joaquín sólo pensaban en encontrar a sus primos para abarcar y agotar la felicidad posible de la jornada, corretear y jugar en el *lejío* y la plaza del ayuntamiento, que acogía a los feriantes y las tabernas del mediodía, centro de diversión para mayores y pequeños después de la misa. Ellos, como todos los niños, tenían una constitución fuerte y una alimentación escasa pero grasienta, la que la matanza les deparaba contra la falta de otros alimentos; agotadores intentos de la tierra por ser más fértil.

Pobre San Lorenzo, apóstol,
te pusieron en el fuego como a un bonzo.

Los hermanos crecen juntos pero no siempre con igual resultado. Los dos zagales de Matías eran puro vigor rural, extremeño, celta, trabajadores incansables del campo y el ganado y correosos mozos en las fiestas populares. También, ayuda inestimable para

su padre en las labores invernales de matarife, cuando hay que terminar en día y medio la matanza del guarro, chamuscarlo, abrirlo, cortarle el cuero, las orejas y la lengua, para que el veterinario lo reconozca (aunque la gente se comerá el pestorejo antes de saber que el animal está sano), sacarle las tripas y la carne para la mezcla del chorizo y el salchichón, cortar y salar los que serán exquisitos jamones y hacer el llenado de las tripas, las propias y las de vaca, colgándolo luego en el doblado. Santiago y Joaquín ayudan a su padre y todo el pueblo sabe que él está muy orgulloso de ellos, son de buena estirpe, aunque el hermano de su madre salió aventurero, vive en América y es millonario, o eso cree la madre; pero ocurre en muchas familias, y la de Matías ha sido siempre muy sana. Joaquín es un chico más bien tímido, callado, aficionado a los libros; dicen que lee poesía, véte a saber si es verdad. Pero ayuda a su padre igual que Santiago, tiene un

cuerpo fuerte y ágil que le responde en el trabajo, es buen ejemplar de su casta, así que no es malo que se entretenga con los libros, que no beba tanto como su hermano.

Protégenos, San Lorenzo, santo;
echa sobre nosotros tu cálido manto.

Los chicos dejaron de serlo y tuvieron que emigrar para ganarse la vida honradamente y prosperar. Decían que había trabajo en el Norte, en Vizcaya, más que en Madrid o el desangelado campo, así que Santiago decidió emprender la aventura después de licenciarse del ejército, recorrer todo el país e instalarse en una tierra más verde, con gentes de una raza no celta pero sí rubia, fuerte y recia. Ése era el camino correcto para Santiago, el que le llevara a un mundo de más color y frescura, más abierto, con más respeto y aprecio por las personas trabajadoras y honradas. Su hermano Joaquín

optó por aplicarse en el estudio y hacerse maestro nacional. Enseñó a niños de varios pueblos y al fin encontró acomodo en la capital de la provincia, donde se ganaba más y se vivía mejor, sin tener que separarse de sus raíces por más de una treintena de kilómetros y un par de semanas. Como ya mostrara en su juventud, le acompañó siempre el gusto por la lectura y la composición poética, de la que sacó valor e inspiración para formar una pequeña obra autoeditada en modestos libritos.

Apiádate, San Lorenzo, patrono;
convierte tu fuego en nuestro gozo.

Después del día de Navidad, cualquiera es bueno para ponerse manos a la obra de matar. Bien temprano, al poco de clarear, el guarro entra en la casa -amedrentado, oliendo la sangre de su propia muerte-, y perece de una cuchillada en el corazón, tras una

peleada agonía contra los hombres y su destino. Santiago y Joaquín acudían todos los años para elegir su animal y el día que le tocaba a cada uno matar; en ese tiempo, sus familias convivían bajo el mismo techo, compartiendo comidas y festividades, y también las faenas de la casa y del campo.

En los días de matanza, el trabajo en común se mezclaba inconscientemente con las pruebas al pie de la lumbre, de la que salía para abarcar todo el patio el olor sabroso de las primeras asadas del cerdo: las orejas y el rabo, el pestorejo, el caldillo para extender en las rebanadas de pan... Los fuertes brazos de Santiago y Joaquín, y de sus hijos, suplían la antaño indiscutible dirección de Matías, desde que se disponía que asieran al guarro de las cuatro patas, el rabo y hasta las orejas, si fuera bien bravo. La entrega de esos cuerpos robustos, de una casta luchadora, hacía posible que al

atardecer las mujeres estuvieran sobre las sillas bajas llenando las tripas, que introducían en la salida de la máquina - primero es picadora de carne y ahora la expide para su embutido. Los chorizos y salchichones acababan colgados en el doblado, comedidamente distanciados, formando un paisaje interior frío, seco y de olor inconfundiblemente salobre. Santiago y Joaquín, una vez más, habían cumplido con el rito silencioso y perenne de la matanza en el pueblo, a últimos de diciembre.

Adelante, San Lorenzo, amigo;
no te dejes chamuscar como a un cochino.

Joaquín se ha enmohecido, dice su hermano, siempre fue débil de carácter y ahora, con la muerte de su padre, apenas va a trabajar al colegio; prefiere pasar todo el día en el campo, vagando por los bares, preocupando a su madre. Santiago ha tomado

la iniciativa y ha hablado con él, pero no se convence y está ausente, frío, cínico, irascible. Ni el párroco ni nadie ha podido aplacar su lejanía, esa mirada absorta y sin habla, esa vagancia/vaguedad. Sólo le tranquilizan los libritos esos de poesía religiosa y de canto a la Naturaleza, su lirismo autodidacta y bucólico, su obra. Pero ni rastro del orgullo sigiloso y fáctico de su estirpe.

Excelso San Lorenzo, valiente;
no dejes abandonada a tu gente.

Ya nadie piensa que Joaquín se recupere: si unos días sale medio desnudo por las calles, con pinturas de guerrero y gritando, otros los echa tomando el sol en la plaza del ayuntamiento, sobre el pretil de la fuente, en camiseta y con algún libro en la mano. Disfruta del verano caluroso y lento y espera algo, quizás una señal de los cielos, un

mensaje del Santo Mártir al que ha cantado y del que aguarda una aparición, que presente.

Se fue luego el calor y entró septiembre, octubre y sus primeros fríos, también la lumbre fiel de la tribu recogida a su alrededor. Aparecieron los visitantes navideños y llenaron las calles con su colorido importado; las matanzas se celebran cada día, a la hora después del alba. Joaquín se dirigió a Santiago, una de esas mañanas, y le dijo: “¿Tú no crees que madre está ya muy gorda? Lo menos ocho o nueve arrobas. Sería cosa de que una mañana de éstas nos pusiéramos...”

COLECCIÓN
ALMARIO

NÚMERO 1